

trabajo, y trae consigo muy menor peligro y muy menor cuidado que hacer mal; porque el pecado siempre anda acompañado de temor y de congoja, y siempre le sigue el arrepentimiento.

El pecado es muerte en el hombre, y quien peca, mucho más mal sufre que quien pierde esta presente vida. Mucho más es pecar que perder la cabeza; porque es apartarse de Dios, que es nuestra vida, y del sosiego de la conciencia, que es la cosa más bienaventurada que tenemos.

Las tachas del pecado y las mancillas que deja en el alma, lávalas con lágrimas y con penitencia y con oración, invocando la divina misericordia, poniendo gran confianza en ella.

Con muy gran atención y con muy particular cuidado hemos de huir las causas y las ocasiones de pecar, que, como dice el Sabio, «quien ama el peligro perecerá en él.» Y el diablo siempre está esperando sus ocasiones y coyunturas para nos acometer, de miedo de lo cual, jamás hemos de estar ni aun un punto sin cuidado.

Siempre hemos de guerrear con él; que bien dijo Job: «La vida de un hombre es una continua guerra en la tierra.»

Y como el enemigo sea tan poderoso, de tanta fuerza, tan recatado, astuto, antiguo, y tan ejercitado, y haya en él tanto poder y tanta arte, no hemos de pensar que ni por razón ni por arte ni por fuerza nuestra hemos de poder igualar con él, cuanto más vencerle; por esto, desconfiando en nosotros, hemos de acorrer á Dios á demandar su ayuda.

Por esta causa nuestro Señor y Maestro muchas veces mandó á los suyos que orasen, y que con muy gran devoción y hervor le pidiesen á Dios, nuestro redentor y padre, que no consintiese que fuesen traídos en tentación, que es en batalla, en que hubiesen de pelear con el diablo.

Y en la oración que el mismo nos enseñó, el remate es: «No permitas, Dios y Señor nuestro, que seamos tentados; mas libranos del malvado demonio, que siempre nos está asechando.»

Estemos pues como si estuviésemos ya puestos en el

escuadrón, el ojo alerta, las haldas en cinta, vivos, despiertos, y no dejando jamás perder nuestras ocasiones.

Y pues esta vida huye con tanta presteza, siendo su fin tan incierto, que no hay quien se pueda asegurar un día, es cosa de locos y de grandísimo peligro alargar nuestra esperanza á plazo largo, y dilatar hacer nuestros aprestos para en la jornada que hemos de pasar, á la cual cada momento nos llaman y emplazan, no sabiendo cuándo nos han de poner en el camino por donde forzosamente habemos de ir, agora nos pese, agora nos plega. Por lo cual sea nuestro ejercicio aparejar y ganar un tesoro para la otra vida, en que no pase día que no añadamos algo; porque estando con él aparejados y confiados, nunca por nuestro descuido y flojedad nos tome desapercibidos la muerte, sino aparejados para la partida, estando ya hartos de las cosas deste mundo, y llevando para la otra delante en nuestras manos grande y firme esperanza de la vida que hemos pasado inocente y santamente, mediante la fe de Jesucristo, Hijo de Dios, y la religión y piedad que él mismo nos enseñó; que ésta fué la mayor y más singular y excelente merced que pudo el hombre recibir de Dios, por la cual venimos en conocimiento del, y cuanto un hombre mortal puede, le imitamos, seguimos y alcanzamos.

Si no fuese por esto, ¿qué cosa sería el hombre, sino un animal como los otros, que sin seguir el camino de la razón, sin saber por qué ni para qué, se van por donde los piés los llevan? ¿En qué les llevarían ventaja, sino en ser en su brutalidad inmortal?

Así como se ha de estimar en más un día de un hombre que vive por razón, que la vida larguísima de un cuervo ó de un ciervo, así se ha de apreciar más un día pasado en servicio de Dios y en religión, que es en vida divina, que todo el siglo eterno junto, habiendo de ser sin conocimiento y amor de Dios.

«Ésta es la vida eterna (dice nuestro Señor Jesucristo), que conozcamos al Padre, y á Jesucristo, su unigénito Hijo, que él envió.» Éste es el camino de la perfecta y cumplida sabiduría, en la cual el primer paso es conocerse el hombre á sí mismo; el último, conocer á Dios.

## DEL SOCORRO DE LOS POBRES,

6

### DE LAS NECESIDADES HUMANAS.

JUAN LUIS VIVES

A LOS CÓNSULES Y SENADO DE LA CIUDAD DE BRUJAS (1), SALUD.

«Es obligación del peregrino y extranjero, dice Ciceron, no ser curioso en una república extraña.» Es verdad; porque al paso que el cuidado y consejo amigables no pueden reprobarse, es aborrecible en todas partes la curiosidad en cosas ajenas; bien que por otra parte la ley de la naturaleza no permite que sea ajeno del hombre lo que conviene á los hombres, y la gracia de Cristo ha unido á todos entre sí estrechamente, digámoslo así, como betun celestial el más tenaz y sólido; mas dado que algo nos sea ajeno, el negocio presente no es de esta calidad para mí, que tengo á esta ciudad la misma inclinación que á mi Valencia; y no la nombro con otra voz que *patria mia*, porque há catorce años que habito en ella, en cuyo tiempo, aunque haya interrumpido mi residencia algunas veces, otras tantas me he vuelto aquí como á mi propia casa.

Me ha agradado la conducta de vuestro manejo y administración, la educación y civilidad de este pueblo, y la increíble quietud y justicia que resplandecen en él, y las gentes aplauden y celebran. En efecto, aquí me casé; ni de otra suerte quisiera que se procurase el bien de esta población, que como el de una ciudad en que tengo resuelto pasar el resto de vida que la benignidad de Cristo me concediere, y de la que me reputo ciudadano, mirando á los demas como hermanos míos. Las necesidades de muchos de ellos me obligaron á escribir los medios con que juzgo se les puede socorrer; asunto que en Inglaterra me había rogado emprendiese, mucho tiempo há, el señor Pratense, vuestro prefecto, que piensa celosa é incesantemente, como debe, en el bien público de esta ciudad.

A vosotros dedico esta obra, ya porque os esmerais en hacer bien y aliviar á los miserables, de que da bastante testimonio la muchedumbre de pobres que concurre de todas partes aquí, como á refugio siempre prevenido para los necesitados, ya tambien porque como haya sido el origen de todas las ciudades, con el fin de que cada una de ellas fuera un lugar en donde con dar y recibir beneficios, y con el auxilio recíproco, se aumentase la caridad y afirmase la sociedad de los hombres, debe ser particular desvelo de los que gobiernan cuidar y poner todo esfuerzo en que unos sirvan á otros de socorro, nadie sea oprimido, nadie injuriado, nadie reciba daño injusto, y que al que es más débil asista el que es más poderoso, y de esta suerte la concordia del comun y congregación de los ciudadanos se aumente cada día en la caridad y permanezca eternamente.

A la verdad, así como es cosa torpe para un padre de familia el que deje á alguno de los suyos padecer hambre ó desnudez, ó el sonrojo y fealdad de la vileza del vestido en medio de la opulencia de su casa, del mismo modo no es justo que en una ciudad rica toleren los magistrados que ciudadano alguno sea maltratado de la hambre y miseria. No os desdigneis, os ruego, de leer este escrito, ó si no gustais de ello, á lo ménos reflexionad muy cuidadosamente el asunto que en él se trata del bien público, ya que os mostrais tan solícitos en enteraros del pleito de cualquiera persona particular, de mil florines, por ejemplo, de controversia.

Deseo á vosotros y á vuestra ciudad toda prosperidad y dicha.—Brujas, 6 de Enero de 1526.

(1) Brujas, ciudad de Flándes, su propio nombre flamenco *Brugghe*, que significa Puente. Tomó el nombre de un puente, llamado Brugh-Stoch, que habia en

el sitio donde está ahora la ciudad, cerca la catedral. Otros dicen que tomó su nombre de los muchos puentes que hay allí sobre canales.

## LIBRO PRIMERO.

### Origen de la necesidad y miseria del hombre.

El Autor de todas las cosas, nuestro Dios, usó de una generosidad maravillosa en la creación y formación del hombre, de suerte que ninguna cosa hubiera, ó más noble que él debajo del cielo, ó mayor en el orbe que hay bajo de la luna, todo el tiempo que él viviese, como permaneciera sujeto á la divina voluntad; fué enriquecido con un sano y robusto cuerpo, con muy saludables alimentos, que se hallarán con abundancia en todas partes, criado con un entendimiento agudísimo y una alma muy santa, y hecho muy á propósito para el comercio de la vida, á fin de que empezase ya entónces á meditar en este cuerpo mortal la compañía de los buenos ángeles, supuesto que se criaba para reparar la ruina de los malos; pero incitado de la soberbia, y buscando una dignidad que excedía á la esfera de su condición, no contento con la humanidad más excelente, pretendió la divinidad, movido de las promesas de aquel que había perdido sus bienes por semejante camino: «Seréis como unos dioses, sabedores del bien y del mal.»

Efecto fué de una arrogante soberbia intentar subir á la altura de una deidad, sobre la cual no se halla cosa alguna. Y tan lejos estuvo de lograr lo que deseaba, que ántes perdió muchísimo de lo mismo que había recibido, como se halla escrito en los *Cánticos* del rey David: «Hallándose el hombre con honor, no lo conoció; fué comparado á los insensatos jumentos, y hecho semejante á ellos.» Es á saber, de tal manera se apartó de la semejanza de Dios, que cayó en la semejanza de las bestias, y pensando ser más que los ángeles, vino á ser ménos que hombre, á la manera que aquellos que apresurándose sin consideración á subir algún sitio sin guardar el orden de los escalones, dan tanto mayor caída, cuanto más alto era el lugar á que subían. De aquí provino el invertirse el orden de la constitución humana por haber disuelto el hombre el que tenía con Dios, de tal modo, que ni las pasiones obedecían ya á la razón, ni el cuerpo al alma, ni lo exterior á lo interior, cuando en una guerra civil é intestina, abandonada ya la reverencia al Príncipe y sus leyes.

Desnudo el hombre de la inocencia, él mismo cargó con todo para su ruina; se entorpeció el entendimiento y se oscureció la razón. La soberbia, la envidia, el odio, la crueldad, un grande número de variedad de apetitos, y las demas perturbaciones, fueron como tempestades movidas en el mar á la violencia del viento. Se perdió la fidelidad, se resfrió el amor,

todos los vicios acometieron como en escuadrón, el cuerpo se llenó de miseria al mismo tiempo, y aquellas maldiciones «maldita será la tierra en tu trabajo» se extendieron á todas las cosas en que había de ejercitarse la diligencia de los hombres. No hay cosa alguna exterior é interior que no parezca haber conspirado al daño de nuestro cuerpo; hediondos y pestilenciales hálitos en el aire, las aguas nada saludables, la navegación peligrosa, molesto el invierno, congojoso el verano, tantas fieras dañosas, tantas enfermedades por la comida. ¿Quién es capaz de contar los géneros de venenos y las artes de hacer mal? ¿Quién los daños recíprocos que se causan los hombres? ¿Tántas máquinas contra fortaleza tan débil, á quien basta ahogar un grano de uva detenido en la garganta, ó un cabello tragado, muriendo muchos de repente por causas no conocidas!

### Las necesidades de los hombres.

No sin razón muchos de los antiguos dijeron que nuestra vida no es vida, sino muerte; y los griegos llamaron á nuestro cuerpo *soma*, como si dijese *sema*, que entre ellos significa el sepulcro. Había Dios amenazado á Adán que en cualquier día que comiese del fruto vedado había de morir. Comió, y á la comida se siguió la muerte. Porque ¿qué es esta vida, sino una muerte continua, que se perficiona cuando queda el alma del todo libre de este cuerpo? Cuando nacemos, dice un poeta, morimos, y el fin empieza ya desde el principio; porque desde el primer instante que nace el hombre, lucha el alma con el cuerpo, al cual desamparará luego sin duda, si no fortaleciese éste su flaqueza con el alimento como con una medicina. Para esto crió Dios las comidas, para que fuesen, digámoslo así, como unos piés derechos, ó firmes maderos, que sostuviesen este caduco edificio, que va caminando siempre hácia su ruina. De estos alimentos, unos hay que los da de sí la tierra en sus árboles, arbustos, yerbas y raíces, y otros se apacientan en ella para nuestro uso, como los ganados. Hay unos que tomamos del agua, y otros que cazamos del aire. Fuera de esto, nos defendemos de la fuerza del frío con pieles, paño y fuego, y nos guardamos del calor con el beneficio de la sombra.

Nadie hay, ó de cuerpo tan robusto, ó de ingenio capaz, que se baste á sí mismo, si quiere vivir según el modo y condición humana. En efecto, une á sí el hombre una mujer, por asegurar la sucesión y conservar lo adquirido, porque este sexo, por medroso, es guardador por naturaleza. Busca después los compañeros de sus miserias, á quienes quiere bien, y procurando

hacerles todo el bien que puede, crece el amor y la sociedad poco á poco, y sale y se extiende hácia fuera. Unidos ya unos á otros por las obligaciones y beneficios, no permanece encarcelado el amor dentro de los cortos límites de una familia y de un hogar, sino que el favorecido agradece el beneficio, sin descuidarse en recompensarlo en la primera ocasión; porque, en verdad, la naturaleza, que hasta á las bestias fieras, como elefantes, leones y dragones, inspiró sentimientos de gratitud y una como memoria del beneficio, nada aborrece más que á la alma ingrata.

No podían dejar de conocer, ya que deseaban con ansia ayudarse mutuamente, franqueándose favores, cuán útil y agradable había de ser edificar cercanas habitaciones, para proveer de este modo de las cosas que estuvieran en su mano á los que querían socorrer. Ocuparon el campo más vecino, y cada cual, para aprovecharse á sí mismo y á los otros, se aplicó de buena gana á aquel oficio á que se halló más proporcionado y dispuesto. Unos tomaron á su cargo la pesca, otros la caza, la agricultura, apacentar ganados, tejer, edificar, ú otros oficios necesarios ó útiles para vivir. Hasta aquí conversaban ellos entre sí con la mayor limpieza y unión; pero el antiguo mal no tardó en apoderarse de muchos con el deseo de anteponerse, ó por mejor decir, de oprimir á otros para gozar, ociosos y venerados, de los trabajos ajenos, y obligar á los demas á ejecutar sus preceptos; resplandeciendo ellos con el reino y el poder, guardados con un ejército de los mismos á quienes habían hecho consentir en su tiranía, ó por el engaño ó por el miedo. Todo esto se originaba de aquella ambición con que nuestros primeros padres habían presumido y esperado temerariamente ser dioses; y verdaderamente nuestro apetito de dominar no se fija otro término que un sér divino. Bastante lo manifestó aquel furioso jóven rey de Macedonia, cuando le parecía haber hecho aún poco en la conquista que pensaba haber conseguido de todo el orbe, sin embargo de faltarle aún la mejor parte que vencer. De aquí viene haber sido corrompidas por la violencia de los dominantes las leyes bien recibidas y justas para todos; de aquí los muros añadidos á las ciudades, y la guerra, ya civil, ya extraña, peste la más contagiosa de todas.

En este estado fué ya preciso empezar á atajar la corriente de la pereza, arrogancia y miseria humana, pues aumentado el género de los hombres, había quienes no tenían de qué sustentarse, y holgazanes pedían su alimento de los trabajos ajenos. En conclusión: fueron primeramente los campos contiguos á las ciudades divididos, como era razón, entre los ciudadanos, señalando á cada uno sus límites, que fueron consagrados por el vigor de las leyes. Y porque el cambio de unas cosas por otras, que era lo único que había estado en uso hasta entónces, pareció molesto, se inventó el dinero por acuerdo del público, como una insignia que, autorizada con la fe de la ciudad, bastara para que recibiese cualquiera de mano del zapatero el calzado, del panadero el pan, y del fabricante el paño. Esta insignia ó señal se esculpió en una materia, que fácilmente conservase lo impreso en ella por su firmeza y

solidez, no se consumiese entre los dedos de los que la manejasen, y que ni por su abundancia se hiciese despreciable, ni por su preciosidad difícil de hallar. Al principio fué cobre, después plata, y por fin oro; conciliando también el valor á estos metales la nobleza de su sér, en que dicen que se aventajan. Se acuñó al principio multitud de estos dineros, y se repartió entre los ciudadanos, para que, negociando cada uno con ellos, los diese por el trabajo ó por las cosas de los otros, y los recibiese por las suyas, conservando por este medio, con un honesto ejercicio, las facultades de la vida, y comunicados de unos á otros, é igualados por las mutuas comutaciones los oficios de la ciudad, cada cual hubiese lo suyo. Pero hé aquí que ocurren muchas casualidades. Unos, cesando del trabajo por la enfermedad de sus cuerpos, vienen á parar en la pobreza, porque se ven en la necesidad de expender sus dineros sin recibir otros. Lo mismo acontece á aquellos que perdieron su hacienda en la guerra ú otra alguna grande calamidad de las que necesariamente han de llegar á muchos que viven en este mundo turbulento, como incendios, avenidas, ruinas, naufragios. Hay otros cuyo oficio deja de ser ganancioso, y á más de éstos, los que consumieron torpemente sus patrimonios, ó neciamente fueron pródigos de ellos. En fin, muchos son los caminos para adquirir y conservar la hacienda; pero acaso no son ménos los que hay para perderla. Esto es por lo que toca á las cosas exteriores, á las que llamaron casuales los antiguos, por una ley incierta, esto es, oculta á los entendimientos de los hombres.

También se proveyó el cuerpo miserable y enfermizo, para que fuese ayudado por los remedios buscados á costa de la experiencia, y para que el ánimo afligido se aliviase con las conversaciones y obsequios de los amigos. Diéronse después maestros á la edad ruda, que formasen la vida, mostrasen el camino de la virtud y dirigiesen el talento; primero lo fué para cada uno su padre, su madre; luego sus padrinas, padrinos, tíos, abuelos, y los que distan más y están unidos con ménos estrecho vínculo de sangre. Después fueron las escuelas, los maestros de la sabiduría, y muchedumbre de fundaciones que dejaron á este fin los hombres más grandes; pero estos remedios se han de ir á buscar lejos, ó ya son desconocidos ó costosos, ó se ignora el modo de usarlos, en todo lo cual necesitamos de la ayuda ajena. Hay algunos que no lograron maestro para cultivar su ingenio, y otros á quienes corrompió y echó á perder el mismo maestro corrompido y malo, como el pueblo, que es un grande doctor de errores, y un vecino á otro vecino, y el padre al hijo, son los autores y maestros de las perversas opiniones; también muchos maestros de juicios estólidos y depravados, á quienes no fiarias tus gansos, gobiernan las escuelas de niños nobles. Otros hay que desprecian al maestro, van dando de principio en principio con toda la ceguedad de su mal consejo, apartando de sí la guía, ó escogiendo la que es más ciega.

De esta suerte, hecho un miserable todo el hombre, exterior é interiormente, pagó justísimamente la avilantez con que emprendió usurpar la divinidad. Fué abatida la soberbia del animal más desvanecido, hasta

llegar á ser el más flaco y el que ménos vale de todos por sí mismo. Toda su vida y su salud depende de los auxilios de otros, ya para que se corte la raíz de la soberbia, que por medio de nuestros primeros padres se nos comunica á sus descendientes, ya especialmente, por ocultos juicios de Dios, faltando á unos el dinero, y á otros la salud ó el ingenio, porque habian de usar mal de estas cosas; para otros la misma pobreza es instrumento de grandes virtudes, porque todo lo refiere á nuestro provecho aquel príncipe y gobernador de este mundo, padre el más sabio y liberal. Concluyamos, pues, que todo aquel que necesita de la ayuda de otro es pobre y menesteroso de misericordia, que en griego se llama limosna, la cual no consiste sólo en distribuir dinero, como el vulgo piensa, sino en cualquiera obra, por cuyo medio se socorre la miseria humana.

Cuál sea la razon de hacer bien.

Para que todos sepan cuál sea el órden de los beneficios, cómo se han de recibir ó hacer, y cuánto deba ser el agradecimiento de cada uno, declararé cuáles sean los principales y de primera nota, tambien los que son próximos á éstos, y los que distan más de ellos. Piensan muchos que ni se da ni se recibe por beneficio otra cosa que dinero, ó que no hay más beneficio que el dinero. De aquí viene aquella vulgaridad de: «qué aprovechó, qué ayudó, si nada dió?» ó «mucho aprovechó, porque dió», ó á lo ménos extienden la razon de beneficio á las cosas por cuyo medio se alcanza el dinero, como si alguno enseñó un oficio ganancioso ó dió un consejo lucrativo; en esto pecan muchos, que cuando dan un consejo fijan toda su atencion en el dinero, y se olvidan del bien de la razon y la virtud; pero nosotros, que constamos de alma y cuerpo, en ambos tenemos las cosas siguientes, ahora gustes de llamarlas bienes, ahora provechos: en primer lugar, en el ánimo está la virtud, que es el único y verdadero bien; despues está el ingenio, la agudeza, la erudicion, el consejo y la prudencia. Demas de esto está en el cuerpo la salud robusta para que sirva á la alma, y tambien las fuerzas que basten á llevar los trabajos de la vida; finalmente, entre los bienes exteriores están los dineros, las posesiones, haciendas y alimentos.

El principal beneficio, como que es el sumo, es coadyuvar uno á la virtud de otro; por esto deben á Dios mucho más que todos los otros, no las personas á quienes tocó la nobleza, la hermosura, las riquezas, el ingenio ó la reputacion, sino aquellos á quienes se dignó el Señor comunicar su espíritu para conocer y ejecutar lo santo y saludable, esto es, todo lo que pueda agradarle. De este dón leemos en el salmo cxlii: «Dios es el que manifiesta su palabra á Jacob, y sus justicias y juicios á Israel; no hizo cosa semejante con otra alguna nacion, ni les descubrió y enseñó sus juicios y secretos.» Éste es aquel grande beneficio que hace Cristo á los que por su santo nombre han sido verdaderamente bautizados, y que creen y confían únicamente en él. Los ministros y como dispensadores de este beneficio fueron sus discípulos, que tanto bien

hicieron al género humano, y despues de ellos, todos los que suceden á los apóstoles, no tanto en la dignidad como en el ministerio y obras. A este bien es imposible el decir dignamente cuánto reconocimiento debemos, porque él es el que cada uno debe desear á cualquiera otro mortal, y en cuanto le fuere posible, procurárselo con el consejo, con la diligencia, con la obra.

Despues de la virtud se sigue la enseñanza, que se dirige al conocimiento de la verdad; aquella instruccion, digo, con que enciende un hombre á otro una luz de su misma luz, sin que ésta se disminuya, pues ántes se aumenta. ¡Qué bella y magnífica cosa es enseñar, pulir, instruir, adornar á la más excelsa de las potencias, que es el entendimiento! Protesta Sócrates que no agradecería al que le diese dinero, y que se confesaria agradecidísimo al que le quitase su ignorancia. El santo Job, sumergido en miserias é inmundicias, no pide dones á sus poderosos amigos, sólo les ruega que le enseñen. «¿Por ventura os dije yo, traedme vuestros regalos y dadme de vuestra hacienda, ó libradme de la mano del enemigo, ó sacadme de la mano de los poderosos? Enseñadme y callaré, y si alguna cosa he ignorado, instruidme.» Los hombres viles, que en tanto reputan el dinero que dan, y tanto se jactan de haber mantenido los estudios de otros, enseñen ellos, y tendrán entónces de qué gloriarse con razon. Aristóteles compara el beneficio de los maestros con el de Dios y con el de los padres, y á estos tres, dice él que nadie puede tener un agradecimiento que sea igual al beneficio.

Es indecible cuánto aprovecharian á la república algunos grandes y eruditos varones, si tuvieran á bien tomar ellos mismos á su cargo el instruir á la niñez, edad flexible á todo, y á la que es muy fácil inspirar las sanas opiniones; ó á lo ménos asistir á los maestros con avisos, preceptos y otros auxilios á este modo, y les señalasen como con el dedo el camino que se debe seguir. Ciertamente no es decente que los que gobiernan las ciudades sean descuidados en proveer á sus niños de los mejores maestros, que estén adornados, no sólo de ingenio y erudicion, sino tambien de un juicio sencillo y sano; pues la instruccion pueril tiene gran fuerza para lo restante de la vida, así como la tienen las semillas para las mieses venideras. Por cierto que convendría más velar con más cuidado en esto que en hermohear ó enriquecer la ciudad, si ya acaso no pensamos que es mejor dejar malos descendientes, como los dejemos ricos.

Fuera de lo que llevamos dicho, cuán grande y glorioso debe reputarse el cargo de apaciguar y sosegar los ánimos, que se consigue parte con los preceptos de la virtud, parte con el trato, los consuelos, el agrado, la visita y obsequios, y ademas el de defender los cuerpos, por lo que fueron hallados aquellos nombres de *libertadores* y *conservadores*, y se inventaron en otro tiempo tantas coronas, señales del valor y de la gloria, es á saber: la de grama, para el que hubiese librado á un ciudadano en la batalla; la de encina, para el que hubiese hecho levantar algun cerco; y por lo mismo fué tambien tenida la medicina en la mayor estimacion, y

elogiada como invencion de los dioses. «El varon médico, dice Homero, vale por muchos hombres», y el Señor manda que se honre al médico. ¿Cuán grande oficio es asimismo redimir á otros de la cárcel y cautiverio? Terencio Culeo, senador libertado de la cárcel de Cartago por Scipion Africano, le miró y reverenció toda su vida como á su señor, y asistió á su triunfo con la cabeza descubierta. En otro tiempo era muy honroso, áun entre los mismos gentiles, redimir con la propia hacienda los cautivos, como atestigua Ciceron en sus libros *De los oficios*, y para que fuera mayor el amor del pueblo hácia su príncipe como el más bienhechor, se inventó el dar soltura de las prisiones y de la cárcel á los reos en el dia de su proclamacion.

En este catálogo de los beneficios, casi el último lugar se dejó al dinero; sin embargo, ayudar con él es cosa liberal y honesta, y en que se encuentra maravillosa dulzura, porque, como Aristóteles, Ciceron y los demas filósofos enseñan, más glorioso y agradable es dar que recibir, lo cual comprobó tambien el Señor con su sentencia, como se ve en san Pablo, escribiendo á los corintios: «Segun la palabra del Señor, dice él, es cosa más bienaventurada dar que recibir.» Tomado el gusto á la liberalidad, no podemos apartarnos de ella mientras haya que dar, y áun en no habiendo, se busca á veces hurtando; así lo declararon con su ejemplo muchos que quitaban á unos para dar á otros, como Alejandro, Sila y César; por tanto, dice un adagio antiguo que el dar no tiene fondo. Áun dar á aquellos que sabemos que son ingratos, deleita sólo porque damos. Verdaderamente hay una cierta semejanza de la condicion de Dios y su naturaleza, en ver á otros necesitar de nuestro socorro, no necesitando nosotros del suyo, y mirarlos aguardar nuestras manos y auxilio, porque de Dios se dice en los salmos: «Dije al Señor, tú eres mi Dios, porque no tienes necesidad de mis bienes»; y en otro lugar: «Todas las cosas esperan de tí, Señor, que les des en tiempo oportuno su mantenimiento. Abres tu mano, y llenas de bendicion á todo animal.» En esto hay un grandísimo error, que es el despojar á unos para dar á otros. Porque ¿qué género de beneficio es hacer bien por medio de la injuria? En realidad ellos no consiguen la gracia á que aspiran, pues á quien agrada la dádiva la olvida, á quien le duele se acuerda, y queriendo parecer poderosos, se ven obligados á implorar la ayuda de los más pequeños, de modo que ya se dice vulgarmente: «El grande príncipe, grande mendigo.» Pero he dicho esto para manifestar más bien cuánta dulzura se encierra en el dar, que sola ella podia incitar á ser dádivos, dejadas aparte todas las demas utilidades.

Así como no solamente debe socorrerse por lo que toca al sustento, necesitando todo el hombre de auxilio por todas partes, así tampoco se han de limitar á solo el dinero nuestros beneficios. Se ha de hacer bien con lo que está dentro del ánimo, como con esperanzas, consejo, prudencia y preceptos para la vida; y con lo que está en el cuerpo, es á saber, con la presencia corporal, palabras, fuerzas, trabajo y asistencia; y con lo exterior, cual es la dignidad, autoridad, empeño, amistades, dinero, en el que se comprende todo lo que con

él se compra. En lo que cada uno pueda, ayude y aproveche á los que lo necesitan, á ninguno dañe en cuanto esté de su parte, á no ser que por este medio concurra á la utilidad de aquel bien, que es el principal, esto es, la rectitud ó virtud; pero esto no podrá llamar daño, porque no se ha de dar á cada uno lo que apetece, sino lo que le conviene, á cuyo fin debe estar libre de toda perturbacion de ánimo el que lo ha de juzgar.

Cuán natural sea el hacer bien.

Empero el Señor clementísimo se apiadó del hombre, ya porque éste se avergonzó de su hecho, ya tambien porque habia sido impelido de las persuasiones del asunto enemigo, y le reservó el lugar que primero le habia destinado, pero cuya consecucion era ya mucho más trabajosa. Quiso que en esta vida unos favoreciesen á otros por la caridad, primeramente para que empezasen desde luego los hombres con este amor á prepararse para la celestial ciudad, en donde no hay otra cosa que un amor perpétuo y una concordia indisoluble. A más de esto, dispuso Dios que el hombre, que habia de pasar su vida en la sociedad y trato comun, depravado en el ánimo, y soberbio por su manchado origen, necesitase de la ayuda de otro, único medio para que pudiera haber entre ellos una compañía fiel y duradera, siendo cierto que cada cual, engreido de su original arrogancia, y por su genio propenso al mal, despreciaria y dejaria al compañero, á no ser contenido con el miedo de necesitar de él en algun tiempo, porque á nadie levantó de suerte el favor de la fortuna, que no le humille, á pesar suyo, á implorar el socorro del inferior; ántes bien, aquel favor, ó no se adquiere, ó no se conserva sin la ayuda de los menores. De ejemplo nos sirven los grandes reyes, cuyo poder estriba en sus súbditos, y caería en el punto mismo que éstos le abandonasen.

¿Qué niño ó viejezuela ignora que los mayores imperios se afirman con el consentimiento de los vasallos, y que nada serian si nadie obedeciese? Ni puede subsistir por mucho tiempo aquella república en donde cada uno cuida solamente de sus cosas y de las de sus amigos, y ninguno de las comunes, ahora se gobierne todo por la voluntad de uno, que es lo que se llama monarquía, ahora administren pocos, que es lo que decimos oligarquía, ó sea el pueblo el que tenga la potestad suprema y el imperio, que es en lo que consiste la democracia. Justa es la república, y saludable el imperio, siempre que los ciudadanos y consejos de los que gobiernan se dirijan á la pública utilidad; pero si cualquiera particular va trayendo hácia sí todo cuanto puede con la astucia, arte y poder, entónces es el pueblo tirano de sí mismo, ni mantiene mucho tiempo la libertad y poder, sino que en breve es hecho esclavo del dominio y arbitrio de otro. Bien declararon esto aquellas dos poderosísimas repúblicas romana y ateniense, y lo declararán cuantas tengan tales ciudadanos, que quieran más ser ellos grandes y poderosos que su patria.

Sobre todo, correspondemos bien á la naturaleza si, necesitando nosotros de que muchos nos ayuden, ayudamos tambien á otros muchos; y así el deseo de favo-

recer penetra tan maravillosamente á los corazones humanos, que quisieran los espíritus generosos hacer bien y ayudar á muchísimos, reputando este empleo por la cosa más honrosa y más noble; y esto sin provecho alguno suyo, ántes á veces con grande detrimento, ó de la hacienda ó de la vida: todo lo tuvieron por cosa vil muchos varones de grande y excelso corazón, con tal que aliviáran á los oprimidos, socorrieran á los pobres, fortalecieran á los enfermos, y dieran ayuda y consuelo á los afligidos, consiguiendo por este medio el grande premio de ser juzgados dignos de la inmortalidad. Tan cierto es que no ignoró la antigüedad ser cosa muy divina el hacer bien; pero ¿para qué hablo sólo de los varones buenos, cuando los piratas y ladrones que inquietan el mar y la tierra con el ansia de robar, quieren aparentar que aprovechan á algunos, pues pudiendo matarles, los conservaron, que éste es el mayor beneficio de un ladrón? Los soldados, hombres por su naturaleza jactanciosos, no alaban su valor y fortaleza sino porque aprovecha al bien comun como un poderoso asilo. Por tanto, nada debe avivar y mover más los pensamientos del hombre que el deseo de hacer bien á otros, ya sea porque lo mandó aquel que tiene señalado el más magnífico premio á la obediencia de sus preceptos, ó porque de otra suerte no pueden permanecer las sociedades de los hombres, ya tambien porque obra inútilmente y contra la naturaleza quien no favorece á los que puede, ó porque por este camino unos ponen para otros el beneficio como en depósito comun, por si en alguna ocasion el que es más poderoso no quisiere socorrer al que es más débil. Finalmente conviene que todos conspiren á tan noble objeto, como es el hacer bien, llamados por las voces de la suerte universal, porque á todos nos puede suceder el verno necesitados.

Por qué causas algunos se apartan de hacer bien.

Dos son las causas por que se suele coartar notablemente nuestra beneficencia, es á saber: ó porque desesperamos de poder ser útiles á los demas, ó porque pensamos que nos hemos de dañar á nosotros ó á los que amamos, como son hijos, parientes y amigos; juzgamos que no aprovecha lo que se da al malo, y nos damos sobremanera por sentidos de la ingratitud. Demas de esto, nos amamos tan tiernamente, que no nos atrevemos á hacer bien, no sea que esto mismo nos dañe. Hablaré primero de los pobres, y despues de los ricos. Nada hay más amable que la virtud, y ninguna cosa atrae á sí más fuertemente á los hombres que la hermosura de lo honesto; por el contrario, nada hay más feo que el vicio, y ninguna cosa aparta con abominacion más pronto de sí á los que lo miran. Así pues, segun aquellos antiguos versillos: «Dando, recibió un beneficio el que lo dió á un digno»; y aquel de Enio: «Los beneficios mal hechos, los tengo por maleficios»; no hay cosa que nos aparte más de dar que el temor de colocar indignamente el beneficio, y esto por dos razones: la primera, porque no aprovecha el favor á quien lo hicimos, y nos duele haber perdido el gasto y el trabajo; la segunda, porque experimentamos que el que lo recibió es un ingrato, el cual vicio, no solamente

ofende á aquel contra quien determinadamente se comete, ó no daña sólo al ingrato, sino á todos en comun, porque coarta la benignidad de los hombres, y apaga el ardor de ayudar á los necesitados. Cuentan de un cierto *Timón*, hombre rico de Atenas, que fué al principio muy bienhechor y muy singularmente liberal; pero habiendo experimentado que muchos le eran ingratos y desconocidos, cayó en un género de aborrecimiento al género humano, que le concilió el renombre de *misántropo*, que quiere decir aborrecedor de los hombres.

Vemos que muchos convirtieron en daño de los maestros la oratoria, habla y estilo, que estos mismos pulieron, ilustraron y perfeccionaron en ellos. ¿Quién habrá que quiera enseñar? Vemos á muchos padres deshonrados, robados, expelidos, heridos, muertos por sus mismos hijos. ¿Quién habrá que se determine á educarles, criarles ó darles el sér? Vemos que muchos favorecidos, criados y criadas, admitidos en la casa y familia, ayudados con hacienda, sublimados con dignidad, mirados y tenidos como hijos, mancharon las mujeres de sus señores, sus hijas, parientas, las costumbres de los hijos, robaron la casa, y fueron traidores á sus amos, de tal suerte, que hubiera sido mejor en casa una serpiente que hombres tan pestíferos. ¿Quién habrá, pues, que no quiera más pasar la vida en las selvas y desiertos? A un gobernador de una ciudad, que vela dia y noche por la utilidad pública con incomodidad y trabajo suyo, le llaman ligero, ambicioso é inhábil para gobernar. Desprecia el pueblo á un príncipe justo, y obedece á un malo: esto es lo que mueve á muchos á ser malos, pagando los agradecidos lo que pecaron los ingratos. Por este motivo aborrecen todos la ingratitud, áun la que es contra otros, y ha sido tenida por un crimen de tanta gravedad, que, no obstante ser frecuente en todas las repúblicas, no se le encuentra castigo establecido por las leyes, porque el tasarlo excedió á todo humano conocimiento, y era de aquellos que, como dice Séneca, se remite á solo el Rey de las venganzas. Hay quienes escogieron á algunos hijos de los mismos mendigos para enseñarles é instruirles en el modo de ganar la vida, les adoptaron por hijos, dejándoles herederos en el testamento, los cuales huyeron de sus amos pocos dias despues con lo que les hurtaron, ó si permanecieron en sus casas algun tiempo, entregándose del todo á la desvergüenza é inmodestia, se hicieron murmuradores, y lo que se llama replicones, insolentes, rateros é intolerables.

Y ya que el mismo asunto nos ha puesto delante á los mendigos, si alguno considera su vida y vicios, y las atrocidades y delitos que nos ofrecen cada dia, se admirará más aún de que haya quien los mire: ¡tan perdido queda lo que se les da! Primeramente piden muy desvergonzada é importunamente, más para alcanzar por fuerza que por ruegos. Algunos no les dan por solo este motivo, y otros les dan por apartar de sí semejante molestia. No mirando ellos en dónde y en qué tiempo piden, en la operacion misma del sagrado misterio, en el santo sacrificio de la misa, no dejan á los demas venerar atenta y piadosamente el Sacramento; se hacen paso por la más unida turba, deformes con sus lla-

gas, respirando por todo su cuerpo un inaguantable hedor. Tanto se aman á sí mismos, y desprecian la república, que no se les da nada de comunicar á otros la fuerza de su enfermedad, no habiendo casi género alguno de mal que no tenga su contagio. Y no sólo esto: de muchos se ha averiguado que con ciertos medicamentos se abren y aumentan llagas para parecer más lastimosos á los que los miran. Ni solamente afean de esta suerte sus cuerpos por la avaricia de la ganancia, sino los de los hijos y niños, que áun algunas veces han pedido prestados para llevarlos por todas partes. Sé de unas gentes que llevan hasta los niños hurtados y enflaquecidos, para conmovier más los ánimos de aquellos á quienes piden limosna. Así tambien muchos sanos y robustos fingien várias enfermedades; pero estando solos, ó sobreviniendo de repente alguna necesidad, muestran bien claramente cuán buenos están.

Hay quienes se ponen á salvo con la fuga si alguno quiere curarles sus llagas y accidentes. Otros ociosos hacen oficio de sus mismos males por la dulzura que les causa la ganancia; no quieren de modo alguno cambiar este modo de adquirir dinero, ni pelean con menor ardor por su mendiguez, si alguno intenta quitársela, que otros por sus riquezas; y así, estando ellos ya ricos, aunque ocultamente, piden aún limosna, recibiendo de aquellos á quienes con más razon deberian ellos dársela, lo que descubierto en algunos, á todos hace sospechosos. Hay tambien quienes, teniendo siempre á Dios y á cuantos santos hay en la boca, nada tienen en su corazón ménos que á ellos, y profieren contra Dios blasfemias impacientísimas. Son de ver con el mayor lamento sus rabiosas riñas, maldiciones, execraciones, y por un dinero cien perjurios, golpes, muertes, todo con la mayor ferocidad y crueldad espantosisima. Desprecian algunas veces lo que se les da de limosna, si no es tanto como desean, desechándolo con grande enfado y fastidio del semblante y con palabras injuriosas. Alcanzada la limosna, se rien y burlan de los que se la dieron: tan léjos están de rogar á Dios por ellos á sus solas. Unos esconden con increíble avaricia lo que recogen, y ni áun al morir lo manifiestan para que se pueda hacer algun uso de ello á su favor. Otros, con un lujo y prodigalidad detestable, consumen derramadamente lo que adquieren, en cenas espléndidas, cuales no tienen en sus casas los ciudadanos opulentos; con más ánimo malgastan ellos un doblon en capones ó peces delicados ó vino generoso, que los ricos un real; de modo que no sin gracia dicen algunos que estos pobres mendigan para el figonero, no para sí, y es que confían que con la facilidad que adquirieron el dinero que gastan, hallarán otro tanto mañana. No sé ciertamente por qué causa es tan rara la parsimonia en los caudales cortos, y mucho más rara si se han adquirido sin industria ni trabajo. Por último, ¿con qué estrépito no comen ellos? Con qué voces tan desentonadas? Dirias al oírlos que era pendencia entre ramerías y rufianes.

Buscan y solicitan los deleites con más diligencia, y se entregan y sumergen en ellos con más vehemencia y más profundamente que los ricos; semejante modo de vida los hace insociables, desvergonzados, ladrones é

inhumanos; y á las mozuelas, disolutas y torpes; si alguno les aconseja bien con alguna libertad, murmuran desbocadamente, teniendo siempre en la boca: «Somos pobres de Jesucristo.» Como si Jesucristo reconociese por suyos á unos pobres tan ajenos de sus costumbres y de la santidad de la vida que nos enseñó; Cristo no llama bienaventurados á los pobres de dinero, sino á los pobres de espíritu, y éstos de que hablamos levantan á veces más soberbiamente sus espíritus y corazones por el hecho mismo de ser pobres, que los ricos por su riqueza y abundancia. Aborrecen á todos los que ó no les dan, ó les reprenden. Nada les aparta de hurtar, sino el miedo de la pena ó el no hallar ocasion, pues cuando la hallan, ni á las leyes ni á los magistrados tienen respeto alguno; todo piensan que les es lícito con el pretexto de su pobreza; no quisieran vengar sus iras con las palabras y los puños, sino con el hierro y la muerte; prueba son de esto los muchos homicidios que han cometido á escondidas, y si alguna vez se levanta algun tumulto, ningunos hacen más muertes que ellos, ó manifestando á unos traidoramente é instigando á otros, ó con sus propias manos; de suerte que no sin gravísimo consejo parece que retiraron los romanos á los necesitados de todo cuidado, cargo y administracion de la república, porque los consideraban como enemigos de los ciudadanos. No se piense que digo esto de todos sin excepcion, sino de lo que regularmente acontece; sin embargo de que en unos hombres ó naciones reinan unos vicios, en otras otros, y en algunas ninguno; ademas de esto, lo he dicho para exhortar á los grandes magistrados y á los particulares á socorrer á los pobres con presteza, para que no se pegue y endurezca perniciosamente en las entrañas de su ciudad tan grande mancha y tan hedionda apostema.

De qué modo deben portarse los pobres:

Ahora, para enseñar y amonestar á los mismos pobres el modo con que se han de manejar en sus adversidades, deben considerar primeramente que la pobreza se la envia un Dios justísimo por un oculto juicio, áun para ellos muy útil, pues les quita la ocasion y materia de pecar, y se la da para que se ejerciten más fácilmente en la virtud, y que por tanto, no sólo se ha de tolerar con paciencia, sino que se ha de abrazar tambien con gusto, como dón de Dios. Vuélvanse al Señor, que les ha tocado con una cosa que es una señal grande de su amor, porque á quien ama castiga; no pierdan el fruto de la correccion y calamidad, que es conocerse á sí mismos y á su Criador, que los avisa, llama y acerca á sí, desechados del mundo y elegidos de Dios; desnudos, desembarazados y expeditos acompañen con alegría á Cristo, despojado, expedito y desnudo; obren santamente y confien en Dios solo, no en socorro humano alguno. Supuesto que reciben males en esta vida, trabajen y esfuércense para no tenerlos mucho más grandes y peores en la otra; no sea que por mínimas y vilísimas ganancias en una vida amarguísima, tengan la fatalidad de perder los gozos celestiales. Nada finjan, no parezca que usan de las imposturas como de un medio ó arte, confiados más en su engaño que en la bondad de Cristo, que á todos nos alimenta; porque